

ENTRE MIS MANOS
RAFAEL GUERRERO



Un relato de H-Horror

www.h-horror.com

ENTRE MIS MANOS

© 2010 Rafael Guerrero Ríos

Junio de 2010

Asociación Cultural Doble Hache

Relatos de H-Horror

www.h-horror.com

Maquetado:

Doble Hache

Este relato no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo consentimiento de su autor. Todos los derechos reservados.

ENTRE MIS MANOS

Oigo a mi madre llorar en la habitación contigua. La noche está llegando entre el silencio, y asomado desde la ventana, bajo las sombras del atardecer que se van apoderando de mi cuarto, me entretengo mirando los edificios de este barrio que me ha visto crecer. Las estrellas ya despuntan entre el cielo oscuro de la ciudad confusa, y vuelvo a oír los sollozos entrecortados de mi madre encerrada en el cuarto de baño. Claro que la puedo entender, yo ya estoy loco y ella me sigue cuidando; pero es que se lo he repetido demasiadas veces. Ella sólo se limita a emitir un gemido lastimero tras la puerta.

—Ya me tomé las pastillas madre.

Todo empezó esta mañana . Al levantarme tenía el brazo derecho agarrotado. Las palmas de las manos me sudaban mientras me tomaba las medicinas. En el cuarto de baño observé cómo los azulejos de las paredes se derretían como plomo fundido.

Me acerco hasta la puerta donde está, y le susurro

—Madre no soy yo. Es el demonio que llevo dentro.

Oigo mi respiración acariciando el marco de la puerta y me entretengo escuchándola. El olor del aliento me agrada ,y así paso un rato hasta que me doy cuenta de que la respiración se ha acelerado, y que con el brazo estoy golpeando el picaporte y la madera.

Mi madre está asustada.

Entonces, esta mañana, mientras me miraba en el espejo y los azulejos goteaban metal fundido sobre el suelo, la angustia me permitió observar el extraño brillo maligno en los ojos de mi enemigo. Estaba ahí, mirándome, reflejándose con mi misma cara, pero expeliendo su sonrisa plagada de maldad. Él estaba allí, imitando mis movimientos, gesticulando con las mismas muecas. Allí estábamos los dos, cada uno en el plano de su propia realidad, disociados el uno del otro, pero en un solo cuerpo.

Y qué es la identidad sino una búsqueda loca entre un infinito de infinitos. De manera irracional nos mirábamos a los ojos, él ubicado al otro lado del espejo, y yo aquí, reflejo de mi reflejo; los dos buscándonos en el brillo enfermo de nuestras retinas. Y así, poco a poco fui dándome cuenta

de que mi cuerpo no era mío , el endurecimiento muscular del brazo derecho de la mañana estaba adquiriendo un nuevo e inquietante significado, cuando noté una vida propia y distinta a la mía fluyendo entre sus dedos, palpitando la viscosa y roja sangre de él en las arterias que me componen.

Estaba dominado, poseído.

Este mediodía, observando la calle he visto el calor. El sudor caliente ha brotado desde mi corazón, asfixiándome. No puedo respirar, pero toda la fisiología de mi brazo, articulaciones, tendones y músculos, los dedos y la mano han empezado a contraerse, a realizar estúpidos y ridículos movimientos agónicos. Poco a poco he visto girar la muñeca de mi mano derecha hacia el cuello, agarrándome con mis nudillos en un abrazo mortal que quería acabar conmigo.

Así he visto volar al ángel de la muerte sobre mi cabeza, mientras mi respiración ha agonizado entre la lucha de mi brazo derecho ahogándome, y la inútil defensa de la mano izquierda; más débil pero todavía leal. Y después, cuando la vista se ha nublado me he desmayado; pero mi enemigo no quería matarme, entiendo que tan sólo hubiera pretendido infundirme terror; comunicar su dominio sobre ciertas partes estratégicas de mi cuerpo.

Al atardecer he despertado. El terror me ha mirado a los ojos, pero no ha sido tan difícil. Sólo he tenido que reposar el codo sobre la mesa y cercenar de un golpe firme y seguro con el hacha a la altura del antebrazo. No he sentido dolor, pero al mirar de reojo a la puerta he visto a mi madre mientras me agachaba a recoger el brazo amputado.

Ella ha oído el ruido del golpe y ha venido a mirar.

Juro a dios que se lo he intentado explicar, pero no me ha dado tiempo; tan sólo he oído un lastimoso quejido ahogado, mientras huía dando traspiés a encerrarse en el cuarto de baño .

Así llevamos toda la tarde. Yo acercándome hasta la puerta del cuarto de baño y susurrándole palabras tranquilizadoras, y ella alarmada y aterrorizada .

Qué ilusa me parece esta pequeña anciana. Tan sólo tengo que dar una patada para descerrajar la puerta; pero no quiero hacerlo de esa manera.

ENTRE MIS MANOS

Y ahora vuelvo a acercarme hasta la puerta donde está y vuelvo a susurrar

—Madre no soy yo. Es el demonio que llevo dentro.

Y otra vez me entretengo respirando mi propio aliento; y trasteo el picaporte con la mano, que va dejando estelas rojas de sangre sobre el blanco de la pintura. Ahora me doy cuenta de que golpeo con la mano cortada. Y entonces, mientras observo los músculos desgarrados del antebrazo, acuden a mí extraños recuerdos en forma de fotos centelleantes, de diapositivas que me muestran los ojos vidriosos e inertes de una mujer anciana muerta en la habitación de al lado. Claro, es mi madre, y recuerdo que la maté ahogándola con mis propias manos hace un ya un rato largo . ¿Y entonces, si mi madre yace muerta en la habitación contigua, quien gime y lloriquea dentro del cuarto de baño?

Ya no puedo esperar más y de una patada fuerzo la puerta.

Las bisagras ceden y por fin le veo. Arrinconado entre el lavabo y el urinario; intentando esconderse de mí, y sabiendo que esto es imposible, rodeado de un inmenso charco de sangre, con el brazo cortado, y levantando la vista hacia mis ojos en un intento de súplica, con la mirada del cordero al que voy a degollar.

Sí. Soy yo. Ahora entiendo que él es mi víctima y que yo soy la sombra, el reflejo malvado y asesino que viene dispuesto a cortarle la cabeza. Sé que moriré junto a él, pero el afán destructivo supera todos mis pensamientos, y por eso cojo y levanto el hacha, y lo descargo hasta que mi vida, la del hombre al que estoy desmembrando entre los sanitarios y que es mi propia persona, cede.

Epilogo

Cuando los agentes de la policía lograron pasar al interior sólo pudieron constatar la muerte de sus dos habitantes.

La señora Concha había muerto estrangulada a manos de su hijo Tomás, y posteriormente éste se había auto descuartizado con un hacha.

Las evidencias periciales nunca pudieron ser constatadas. El informe forense recogía la amputación previa del brazo derecho desde el antebrazo, por debajo del codo, 50 minutos antes del primer asesinato. Las huellas dactilares recogidas en el cuello y hacha pertenecían a los dedos de esta mano.